

LA TEORÍA DE LAS EMOCIONES DE HUME. LECTURA PSICOLÓGICA DEL ÚLTIMO HUMANISTA Y PRIMER POSMODERNO (II)

TERESA SÁNCHEZ SÁNCHEZ

Historia de la Psicología

Psicología de la Emoción.

*Universidad Pontificia (Salamanca)**

RESUMEN:

David Hume, penetrante psicólogo de las emociones *avant la lettre*, realiza en el *Tratado de la Naturaleza Humana* y en la *Disertación sobre las pasiones* una compleja visión psicoantropológica. En este artículo se destacan, como complemento del artículo 1º, los paralelismos y anticipaciones de teorías psicológicas plenamente contemporáneas y vigentes en la actualidad. Se trata también de su determinismo psicologista y de una teoría moral emocional, muy del gusto de las perspectivas de la ética subjetiva actual.

SUMMARY:

David Hume, a deep psychologist of emotions *avant la lettre*, gives a complex psychoanthropological vision in both *A Dissertation on the passions* and *Treatise of Human Nature*. In this article, which complements article 1º, I highlight the parallelism and anticipation of fully contemporary, currently valid psychological theories. I also deal with Hume's psychological determinism and with an emotional moral theory, which is in accordance with the perspectives of current subjective ethics.

En la primera parte de este trabajo se analizó la teoría de las emociones de David Hume, señorero empirista inglés. Se realiza una clasificación de las *pasiones*

* Dirección de trabajo: Facultad de Psicología. Universidad Pontificia. C/ Compañía, nº 5. Salamanca 37008.

tanto según la causa y el objeto de las mismas como según las condiciones que regulan su aparición y su intensidad. Sorprendía la similitud de una construcción psicoantropológica elaborada en el siglo XVIII con los desarrollos plenamente contemporáneos de una psicología emocional cognitiva y constructivista actual. Es por eso que, tanto en el título genérico del artículo, como en el análisis efectuado en esta segunda parte se ponen de relieve esos chispazos de psicología 'posmoderna' que despuntan hace dos siglos y medio en la obra de David Hume.

De igual forma, se hace énfasis en la importancia que Hume concede a las emociones y a lo psicológico en general para la construcción de cualquier teoría del conocimiento, lo que da a la epistemología humeana un colorido ligeramente irracionalista y fuertemente psicologista, muy cuestionado por sus contemporáneos, y en grave confrontación con la Ilustración racionalista del siglo XVIII, pero indudablemente realista: si es el hombre el que conoce y actúa, hay que partir de la realidad psíquica del hombre para comprender sus resultados. Se concluye el trabajo con leves apuntes sobre la psicología moral contenida en Hume y con reflexiones sobre su humanismo y vigencia actual.

1 PARALELISMOS Y ANTICIPACIONES DE TEORÍAS PSICOLÓGICAS ACTUALES.

Me ha sorprendido sobremanera constatar que la inclusión de Hume en la modernidad estaba justificaba no sólo en lo concerniente a su teoría del conocimiento, sino también en lo relativo a su visión antropológica. El hombre del que habla Hume es el hombre observable, la descripción sobre su funcionamiento emocional es no sólo plausible sino constantemente corroborada por la experiencia. En suma, es un pensador y un psicólogo posmoderno, porque erige sobre lo emocional y visceral la dinámica del comportamiento, superando el imperio del racionalismo y del voluntarismo, que han sido los rasgos dominantes de la época moderna.

No juzgo prolijo, por tanto, mencionar algunos de esos preludios de teorías psicológicas defendidas por autores e investigadores posteriores, y poner de relieve una vez más que muchas de las formulaciones y hallazgos de la psicología estaban contenidos en germen y alimentados por la savia renovada de la filosofía, disciplina matriz de la que desgraciadamente la psicología tiende a abominar o negar su filiación.

A. Anticipación de la teoría de la filogénesis emocional de Darwin.

Darwin y los neodarwinistas posteriores han defendido la naturaleza innata de la expresiones emocional. Existe un claro parecido en las manifestaciones

faciales, gestuales, posturales, mímicas, etc, de todos los miembros de una especie, lo que garantiza no sólo la adecuada comunicación y la correcta comprensión de las mismas entre todos los individuos, independientemente de su raza, sexo, edad, cultura o adscripción geográfica e histórica, sino también la supervivencia de los individuos. Casi 150 años antes de que Darwin expusiera sus ideas en 1872 en «La expresión de las emociones en los animales y en el hombre», Hume ya había escrito:

«es claro que la naturaleza ha establecido una gran semejanza entre las criaturas humanas y que jamás notamos una pasión o principio en otros sujetos de la que, en algún grado, no podamos hallar en nosotros un análogo (...). Esta semejanza debe contribuir mucho a hacernos experimentar los sentimientos de los otros y concebirlos con facilidad y placer» (D. Hume, 1739, 69).

B. Precedente de la teoría de la imitación social de las emociones.

Chóliz Montañés, entre nosotros, se muestra partidario de esta teoría que afirma que reconocemos las emociones ajenas porque al observar el rostro o la expresión general de otra persona, tendemos a adoptar imperceptiblemente los mismos gestos o posturas, lo que permite que automáticamente podamos inferir qué siente el otro a partir de la interpretación de nuestros propios gestos. Darwin sostenía hace ya 260 años esta transmisión por ósmosis de las emociones:

«Un aspecto jovial produce una sensible complacencia y serenidad en mi espíritu; del mismo modo, un aspecto irritado o triste me llena de un repentino desaliento. Odio, resentimiento, estima, amor, valor, júbilo y melancolía son pasiones que experimento más por comunicación que por mi temperamento o disposición natural» (D. Hume, 1739, p. 67).

C. Precursor de las teorías neuroendocrinas de las emociones.

Hoy sabemos que las emociones están reguladas por el sistema nervioso central, el sistema nervioso vegetativo, por centros subcorticales como el hipocampo, la amígdala, el sistema límbico o el reticular, y también por hormonas. También sabemos por qué unas emociones activan y energizan al organismo en tanto que otras lo paralizan. Las primeras dependen de la intervención del sistema nervioso simpático y las segundas del parasimpático. David Hume intuyó la intervención de diferentes centros reguladores:

«Nada vigoriza y exalta al espíritu como el orgullo o vanidad, aunque al mismo tiempo el amor o cariño vemos que más bien nos debilita y ablanda. La misma diferencia es observable entre las pasiones penosas. Cólera y odio conceden una nueva fuerza a nuestros pensamientos y acciones, mientras que la humildad y la vergüenza nos deprimen y desaniman (...). Recordemos que el orgullo y el odio vigorizan el alma y el amor y la humildad la debilitan» (D. Hume,

1739, p. 174).

D. Antecedente de la teoría del aprendizaje condicionado.

La crítica del concepto de causalidad, piedra angular de su teoría del conocimiento y del empirismo positivista, es también un preanuncio de uno de los descubrimientos capitales de la psicología del siglo XX: el condicionamiento por asociación o por contigüidad. En 1912, Watson revela que existe un mecanismo de aprendizaje basado en la asociación regular entre dos estímulos, uno de ellos neutro y otro que produce una consecuencia. Asociación que, debido a la repetición, acaba produciendo que el estímulo neutro desencadene una respuesta similar a la provocada por el estímulo original. Véase si la siguiente cita no puede corresponderse con las posteriores formulaciones de Thorndike o de Watson en psicología, denominadas «ley del efecto» o «condicionamiento clásico»:

«Cuando se sabe por experiencia que un objeto va siempre acompañado de otro, cada vez que el primer objeto aparece, aunque cambiado en circunstancias importantes, pasamos naturalmente a la concepción del segundo, y concebimos una idea de él de una manera tan intensa y vivaz como si hubiéramos inducido su existencia por la más justa y auténtica conclusión de nuestro entendimiento» (D. Hume, 1739, 150).

E. Preludio de la teoría de la red semántica.

En una época como la presente caracterizada por el predominio de las teorías cognitivas y la metáfora del ordenador para la comprensión del funcionamiento mental, Bower propone una teoría de codificación emocional que afirma que almacenamos información mnemónica sobre las emociones básicas que configura unos núcleos emocionales, en torno a los cuales se amalgaman las sensaciones, interpretaciones, estados de ánimo o disposiciones motivacionales afines. Así, alrededor del núcleo alegría se dispondrían pensamientos alegres, juicios optimistas, acciones desenfadadas, expresiones de gozo, recuerdos agradables, etc. Pues bien, bastaría la activación de alguno de los elementos que forman parte de la órbita del núcleo para que se sensibilizaran todos los demás. Hume expone en su *Disertación* un punto de vista parecido: un emoción de signo positivo predispone hacia otras emociones positivas, y una emoción negativa inclina hacia otras emociones de la misma gama:

«Del mismo modo, nuestro temperamento, cuando se ve exaltado por la alegría, se inclina naturalmente al amor, la generosidad, el valor, el orgullo y otras afecciones semejantes» (D. Hume, 1757, 91).

Podría seguir desgranando similitudes entre las concepciones de Hume y las concepciones actuales en las teorías de las emociones, pero redundaría en demostrar lo que ya es obvio: Hume fue un autor brillante e intuitivo a la par que buen observador de la naturaleza humana.

2. TRASCENDENCIA DE LO EMOCIONAL. PSICOLOGISMO SUBRACIONALISTA.

Introduzco con cierto pudor un barbarismo como 'subracionalista', pues pretendo denotar que la reivindicación de Hume sobre la prioridad de las emociones no es irracionalista, antirracionalista, metarracionalista o pararracionalista. Como apunta Hirschberger (1963), el psicologismo de Hume consiste en hacer depender cualquier realidad y cualquier verdad de los sentimientos subjetivos del hombre. Las pasiones confieren al hombre una especie de tropismo o movimiento de orientación hacia el mundo -de acercamiento o de alejamiento- según que el impulso primeramente despertado en él sea el placer o el dolor.

La razón ocupa en la secuencia del comportamiento un lugar subordinado a la pasión, pues ésta es la única fuerza motivadora de la conducta. Las pasiones proveen al hombre de dirección y meta, en tanto que la razón canaliza, reconduce o frena en un segundo momento el impulso primario dependiendo de la evaluación y la experiencia previa que tenga el yo sobre la causa.

El carácter extremadamente sensible de las pasiones las hace indómitas a la razón, invirtiéndose la ecuación hasta la supeditación de la razón a las emociones. En la balanza real pesa más la predisposición espontánea atracción-aversión hacia el objeto, que el dictamen racional sobre la conveniencia o utilidad. Si bien, es obvio, que la experiencia vital toma elementos de una y otra, los pondera y por último actúa. Este sentido ha de darse a la archimentada cita de Hume:

«La razón es y debe ser solamente la esclava de las pasiones y no puede pretender otra misión que el servir las y obedecerlas» (Hume, 1739, p. 208). o esta otra:

«Parece evidente que la razón, en un sentido estricto, significando el discernimiento de la verdad y la falsedad, no puede nunca por sí misma ser un motivo para la voluntad, y no puede tener influencia alguna sino en cuanto que afecte a alguna pasión o afección» (Hume, 1957, p. 139).

Con esta visión concuerdan la mayoría de los analistas de Hume, evitando la minusvaloración de lo racional, e inclinándose hacia la relativización de su eficacia práctica. Tasset Carmona reserva a la razón la función de sugerir los fines y adecuar los medios a los fines, pero deniega autoridad o prevalencia a lo racional:

«Por tanto, la razón es una esclava de las pasiones en el ámbito de la acción en el sentido de que la razón afecta a las acciones después del impulso director de una pasión, deseo o propensión; lo único que hace y puede hacer es dirigir impulsos que ya han sido dados» (J.L. Tasset, 1990, p. 41).

Pero el juicio que la razón haga sobre las cosas puede influir sobre las pasiones, pues aquello que la razón encuentra imposible o inadecuado deja de ser deseado o reclamado por las pasiones, al menos algunas veces, si bien otras el impulso sigue su curso al margen del consejo racional. Es por ello que cobra sentido el término subracionalismo, en vez del de irracionalismo.

«La razón puede afectar, cambiar e, incluso, extinguir pasiones o deseos: que

la razón no puede oponerse a las pasiones quiere decir que no puede hacerlo autoritariamente, pero sí puede prevenirlas o modificarlas por procedimientos concretos. La razón puede presentar los objetos ante nuestras pasiones como alcanzables o inalcanzables, reales o irreales, y, de esta manera, controlará de modo indirecto, no autoritario y efectivo a las dominantes pasiones» (J.L. Tasset, 1990, p. 45).

2.1. EL DETERMINISMO PSICOLÓGICO.

Se ha subrayado por doquier el subjetivismo y el hedonismo de Hume extraído de la posición anteriormente expuesta. Una postura gnoseológica *avant la lettre* de la ulterior epistemología genética de Piaget, quien centrará cualquier forma de conocimiento en derredor de la psicología. Ciertamente, si toda ciencia es construcción del hombre, primeramente hay que analizar la naturaleza humana, pero no de forma esencialista o metafísica, sino partiendo de su verdadera existencia y de sus instrumentos de acción y reflexión. En esta indagación empírica sobre la materia prima de la humana naturaleza Hume tropieza con las impresiones, las ideas y las emociones, de donde parten todas las combinaciones posibles de juicios, actitudes, decisiones o acciones.

Simplemente Hume se limita a no minimizar el protagonismo de las pasiones en la vida de los hombres, metamorfoseados por siglos de abstracción filosófica en seres cuasi incorpóreos, sublimados por el apogeo espiritualista o racionalista a un limbo de irrealidad que impedía toda concreción vital. Antes al contrario, Hume realza el determinismo emocional en todos los juicios, valoraciones o actitudes humanas.

«Hume se dio cuenta claramente no sólo de que el hombre no es una máquina calculadora, sino también de que sin los apetitos y aspectos emocionales de su naturaleza, dejaría de ser un hombre» (F. Copleston, 1973, p. 308).

El principio regulador, la brújula de la acción humana son sus impulsos y sus catalizadores son el placer y el dolor. Este presunto hedonismo de Hume ha molestado a los filósofos de la moral, que han desdeñado por psicologista toda la teoría emocional, esforzándose en apuntalar el papel de la razón como timonel de los designios del hombre.

Hume es más determinista que Kant, como Ayer (1980) señala, pues mientras Kant basa la moralidad en el deber de actuar respecto a algo libremente elegido, Hume cuestiona el poder omnímodo de la razón al decidir al curso de la acción. La voluntad está mediatizada, incluso a veces, secuestrada por emociones violentas no controlables, siendo el hombre un ejecutante de las acciones a las que se ve impelido por sus impulsos pasionales. Siguiendo la máxima pascaliana de que 'la costumbre es una segunda naturaleza', Hume otorga al instinto (emocional) la esencia constitutiva, relegando la costumbre, la razón y la moral a la función del auriga platónico que frena o dirige, cuando puede, la fuerza de las cabalgaduras. En la introducción a la edición mexicana de la obra de Hume, Larroyo enfatiza el determinismo emocional-motivacional:

«Los motivos de la acción son siempre sentimientos o afectos. Inclu-

sive el acto volitivo es consecuencia del sentir. Por ello, la libertad del hombre es sólo libertad de actuar dentro de ciertas posibilidades. Iguales motivos conducen a iguales actos. El enlace entre motivo y acción tiene lugar conforme a cierta regularidad y correspondencia. La voluntad está determinada por el carácter de cada cual dentro de innegables circunstancias y motivos» (F. Larroyo, 1985, XLVIII).

Hume no habla del Hombre abstracto, sino del hombre concreto, movido (motivare y emovere, etimologías de motivación y de emoción implican el mismo resorte de movimiento) por el impulso de sus sentimientos. Introduce una interesante sutileza que permite morigerar el determinismo proinstintivista con la regulación racional. Se trata de la *distinción entre fuerza y violencia de las pasiones*. Las emociones pueden ser fuertes o débiles según la capacidad mayor o menor de influir en las acciones, decisiones o en el curso del pensamiento. Pueden ser violentas o moderadas según la intensidad de la autopercepción. La primera variable (fuerza/debilidad) mide la *eficacia motivacional* del impulso, mientras que la segunda variable (violencia/tranquilidad) mide sólo la *evaluación subjetiva* que hacemos de la emoción sentida. Por ello puede darse una aparente paradoja entre impulsos o deseos fuertes pero apacibles, que aparentan estar guiados por la razón por su sosegada orientación hacia su fin, e impulsos débiles pero violentos, en los que comúnmente se produce una falta de resolución o eficacia en la acción o decisiones, pese a la agitación subjetivamente experimentada por el sujeto, como ocurre por ejemplo en el miedo intenso que paraliza al sujeto. Traduciendo las cuatro posibles combinaciones a la psicología actual diríamos que si las emociones son:

- a) *Fuertes y violentas*: producirán actos pasionales, impulsividad, ausencia de freno reflexivo, acción primaria y explosiva.
- b) *Fuertes y tranquilas*: aparecerá asertividad y clarividencia en el curso de la acción regida por metas precisas.
- c) *Débiles y violentas*: se producirá bloqueo, agitación, obsesión, ansiedad interna que se cortocircuita sin resolución.
- d) *Débiles y tranquilas*: generarán pasividad, abulia, falta de motivación, anestesia o insensibilidad emocional.

Si esta diversidad acarrea inconsistencia, dificultad para establecer regularidades filosóficas o morales, o lo que es lo mismo, escepticismo y fragilidad en las concepciones, tanto peor para las disciplinas que comparten el inestable territorio del sujeto psíquico: fáctico, espacio-temporal, instintual, variable e imprevisible.

2.2. PSICOLOGÍA Y FILOSOFÍA MORAL.

En consonancia con lo antedicho, creo que a Hume ha de reconocérsele el mérito de modernizar la filosofía haciendo que ésta roce las fronteras de la psicología, incluso en detrimento de la metafísica o de la teología. A fin de cuentas, el propio Hume había dejado su humanista orden de valores por escrito: «ser un filósofo; pero, en medio de toda vuestra filosofía, ser aún un hombre» (Hume, IEH, vol. I, p. 18).

Al fundamentar las decisiones humanas sobre sus pasiones reales, en vez de sobre principios o fines morales, humaniza la filosofía moral. Tasset Carmona considera el estudio de Hume sobre las emociones como una especie de «propedéutica para la ética» (o.c., p. 14). Dicho de otro modo, Hume utiliza la psicología como trampolín para la edificación de una ética humanista, relativista y subjetiva. En tanto que la ética tradicional supone que las acciones adecuadas están gobernadas por la razón y que las pasiones son un *pathos*, una perturbación o interferencia, en la consecución de lo virtuoso *per se*, la ética de Hume trastoca este presupuesto al reivindicar las emociones como elementos constitutivos básicos y procesos decisivos a la hora de dilucidar la naturaleza humana. No sólo no deben obliterarse como obstáculos para la moral racionalista, sino que han de tenerse muy seriamente en cuenta en toda construcción de una moral positivista. Con Hume y a partir de Hume, «la moral se siente más que se juzga», sintetiza sabiamente Copleston (1973).

El epicentro de este humanismo moral es el individualismo valorativo. Las taxonomías morales no son trascendentes, sino immanentes. El hombre siempre actúa partiendo de su conciencia, estando ésta mediatizada por sus propias impresiones y sensaciones. Pero el yo es el punto de partida, no necesariamente el destino de la decisión. Por lo que no cabe identificar individualismo con egoísmo o hedonismo, tampoco con utilitarismo. El sujeto necesariamente arranca de su evaluación de beneficio o perjuicio en función de su conocimiento o experiencia previa acerca del placer o dolor, pero puede aplicarse el juicio moral a las acciones de los otros, del mismo modo que la motivación de actuar o no puede dirigirse a otros y no sólo al yo.

A mi juicio, Hume mantiene un vestigio platónico en lo relacionado con la moral. El bien y el mal, el vicio y la virtud, el eros y la destructividad señalan la dialéctica conflictiva, son los caballos que arrastran al hombre. Pero he aquí que *la razón acomete, como el auriga platónico, la función de freno, control, valoración, planteamiento de metas*. La rectitud moral de la conducta no depende sólo de los criterios de agrado o desagrado sentimental o de provecho e inutilidad para el yo, sino del juicio racional que el entendimiento hace sobre los objetos de la realidad. La razón es coadyuvante de la acción moral, pero no es causa necesaria, sino a veces contraria a la razón vital o emocional. Es evidente que el juicio que la razón haga sobre las cosas puede influir sobre las pasiones, pues lo que la razón encuentre imposible o peligroso suele mermar o evaporar el deseo o el impulso, pero no siempre es así: ocasionalmente el impulso sigue su curso al margen o en contra del consejo racional. Que la moral de Hume se asiente sobre la psicología no quiere decir que se limite a ser psicología, sino que la incluye dentro del discurso en sustitución de la teología:

«... con su enfoque Hume quita a la moral lo que Abbagnano llama su 'vestido de luto' teológico, y la muestra, por el contrario, humana, benéfica, afable y hasta alegre» (J.C. García Barrón, 1985, p. 186).

En opinión de Sanz Santacruz (1991), la moral tiene un común denominador con la estética, pues ambas parten de una radicación en el sentimiento. Y he

aquí que los sentimientos carecen de contenido moral, todos son correctos porque son naturalmente humanos, incluso útiles para la supervivencia. Por lo que Hume lleva la moral a un arbitrio individualista o a un escepticismo en virtud del que todo depende del subjetivismo yoico.

4. CONCLUSIÓN: HUME, PENSADOR POSMODERNO.

Hume supo restituir las pasiones humanas al lugar preeminente del que fueron desterradas por la invasión racionalista y deductiva de la filosofía y de la ciencia en general. Su actitud es preconica claramente el espíritu científico positivista, pues viene a demostrar que los hechos son obstinados y se empeñan en corregir las falacias de las teorías bellamente construidas por la razón, pero al socaire de la realidad. Hume recurre al viejo supuesto de «el corazón tiene razones que la razón no conoce», para defender la independencia e importancia fundamental de las emociones como un proceso básico del funcionamiento mental. Otra apuesta posmoderna de Hume es la de que las emociones actúan como principios impulsores de la conducta y como fuentes motivacionales al margen del juicio racional o en contra de él, dado que tienen prioridad sobre él al trazar y dirigir el camino y el fin del impulso.

Hume contribuye a que el hombre se conozca a sí mismo, supere sus escisiones, salga de la esclavitud de una indagación viciada por el exceso de racionalidad y de imperativos morales voluntaristas. Con ello se convierte en un precedente de la psicología de la salud que es, en suma, psicología y filosofía de la creatividad.

Hume plantea, además, un principio utilitarista y adaptativo de las emociones. Consideramos positivas las emociones que son útiles o convenientes en algún sentido y negativas aquéllas que encierran algún peligro o amenaza potencial para el yo. Es lo mismo que la psicología cognitiva actual comprende como «evaluación de beneficio» o «evaluación de daño». ¿No entraña esta visión una feroz exaltación del yo, una vindicación de la moral del sentimiento, de la que habla Ferrater Mora?

¿No es posmoderna la desconfianza en la razón, la reivindicación de lo emocional como brújula orientadora, el individualismo sentimental, la confusión y el arbitrio del yo, la pluralidad de opciones, el poder otorgado a la imaginación, la labilidad del yo regido por impresiones fugitivas? ¿No es el mensaje de Hume?.

Rescatarle del injusto olvido es la única forma de evitar el plagio por ignorancia.

3. BIBLIOGRAFÍA.

Abbagnano, N. (1955). *Historia de la Filosofía*. vol. 2. Barcelona: Montaner y Simón.
Ayer, A.J. (1980). *Hume*. Madrid: Alianza.

- Copleston, F. (1973). *Historia de la Filosofía*. vol. V: *De Hobbes a Hume*. Barcelona: Ariel.
- Chóliz Montañés, M. (1995). Expresión facial de las emociones, en E. G. Fernández Abascal (coord): *Manual de motivación y emoción*, Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.
- Deleuze, G. (1976). Hume. en F. Châtelet: *Historia de la filosofía*, vol. II. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ferrater Mora, J. (1979). *Diccionario de Filosofía*. vol. 2, Madrid: Alianza. 6ª reimpresión.
- Flew, A.G.N. (1964). Hume, en D.J. O'Connor: *Historia crítica de la filosofía occidental*, vol. IV. *El empirismo inglés*, 1982. (1ª reimpresión).
- García Barrón, J.C. (1985). *Empirismo e Ilustración inglesa: de Hobbes a Hume*. Madrid: Cincel.
- Hansberg, O. (1989). Emociones y creencias, en *Revista Latinoamericana de Filosofía*, vol. XV, nº 2.
- Hansberg, O. (1996). *La diversidad de las emociones*. México: FCE.
- Hirschberger, J. (1963). *Historia de la Filosofía*, vol. II. Barcelona: Herder. 10ª edición.
- Hume, D. (1739). *Tratado de la naturaleza humana*, vol. II. Madrid: Espasa-Calpe, 1923.
- Hume, D. (1757). *Disertación sobre las pasiones y otros ensayos morales*, Madrid: Antropos, 1990.
- Hume, D. (1776). *Mi vida. Cartas de un caballero a su amigo de Edimburgo*. Madrid: Alianza. Edición de 1985.
- Larroyo, F. (1985). Introducción y análisis a D. Hume: *Tratado de la naturaleza humana*, México: Porrúa. 2ª ed.
- Mellizo, C. (1976). David Hume, hoy en *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, 1976, pp. 5-32.
- Ortony, A., Clore, G.L., Collins, A. (1988). *La estructura cognitiva de las emociones*, Madrid: Siglo XX.
- Sanz Santacruz, V. (1991). *Historia de la Filosofía moderna*, Pamplona: Universidad de Navarra
- Viqueira, (1923). *Prólogo al Tratado de la Naturaleza Humana*, ed. Espasa-Calpe.